

tituladas "Gil Gómez, el insurgente," "El Diabolo en México," "La clase media" y "La Sensitiva;" además, con el título de "Impresiones y sentimientos," compiló bastantes artículos de costumbres y escenas mexicanas. El año mismo de su muerte hizo la edición completa de sus obras, por lo que es de creerse que si algunas inéditas dejó, serían muy pocas.

Aunque sus obras en prosa no sean un modelo, ni mucho menos, se advierte ya en ellas el adelanto relativo que en México habían tenido las bellas letras y el cultivo de la novela, en la que, andando el tiempo, habría producido algo digno de llamar la atención. No obstante que su trágica muerte contribuyó en gran manera á darle celebridad y á hacerlo conocer como poeta y escritor, de no ocurrir ese fatal suceso, hubiera llegado por solos esfuerzos á hacer su nombre distinguido en la república de las letras, como lo consiguió su amigo, el poeta Luis G. Ortiz, que en 1859 se encontraba á la misma altura que Juan Díaz Covarrubias.

México, noviembre de 1902.

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.

GIL GOMEZ

EL INSURGENTE.



PRIMERA PARTE.

CAPITULO I

A ASTUTO, ASTUTO Y MEDIO.

En las inmensas llanuras que se encuentran hacia el Sur en el Estado de Veracruz, entre las pequeñas aldeas de Jamapa y Tlaliscoyan, orillas de un brazo del río Alvarado y no tan cerca de la barra de este nombre, para que pudiera considerarse como un puerto de mar, se alzaba graciosa á la falda de una colina y como oculta á la mirada curiosa de los escasos viajeros que por allí suelen transitar, la pequeña aldea de San Roque, cuyo modesto campanario se podía percibir, entre el follaje de los árboles, dominando el pintoresco caserío.

Esta aldea, medio oculta en una de las

quebradas del poco transitado y mal camino que conduce de la barra de Alvarado á la villa de Córdoba, aislada completamente de las relaciones comerciales y políticas, contendría escasamente en la época en que comienza esta narración, de seiscientos á ochocientos habitantes, la mayor parte indígenas, labradores en los sembrados de maíz, de tabaco y de caña que se cultivan en algunas rancherías de las inmediaciones, familias de viejos señores de las ciudades más cercanas, como Veracruz, Jalapa, Orizaba, Cosamaloapan, antiguos guardias de las milicias del virrey, retirados ya del servicio, restos de la aristocracia de segundo orden, cuya decadencia comenzaba ya en aquella época, ó hasta media docena de acomodados labradores, que poseían fértiles terrenos, en que cultivaban las semillas que tanto abundan en esos climas privilegiados.

Los habitantes de la primera clase, pasaban la mayor parte del día en los campos de las pequeñas haciendas, y sólo en las primeras horas de la noche se veían alumbrarse sus cabañas diseminadas sin orden y al acaso en un radio de cuatrocientas varas.

Los segundos habitaban modestas y graciosas casas de un solo piso, generalmente, diseminadas también sin orden y según el capricho de su dueño, ya en el

fondo de una quebrada, ya á la falda de una pequeña colina, ya al fin de una cañada, ó en medio de una floresta.

Una tarde de los primeros días del mes de septiembre de 1810, á la hora en que el sol comenzaba á reclinarse fatigado detrás de las lejanas montañas, cuando empezaba á reinar en el espacio esa tinta crepuscular, luz de penumbra que resulta de la lucha entre el sol que se muere y las sombras que nacen; á la hora en que el monótono y lejano ruido de la campana de San Roque se confundía con los cantos de los labradores que volvían alegres del trabajo y el mugido de los bueyes que desuncían del arado, se unieron á los vágos, pero infinitos murmullos que reinan en esa poética y sublime hora, los acentos de una música lejana.

¿De dónde nacían esas armonías?

¿Quién, en el rincón de esta aldea abandonada y tranquila, así impregnaba de dulces sonos el aura soñolienta del crepúsculo?

Para saberlo es necesario que sigamos los pasos de un joven que á la sazón caminaba en la dirección de una calle sombría de árboles y á cuyo fin se distinguía una casita, blanqueando entre ellos á los últimos rayos del moribundo sol.

El que á ella se acercaba con precaución y como temiendo ser visto, era un joven que representaba tener de diez y

ocho á veinte años á lo más; pero tan alto, tan flaco, tan nervioso, que nada más propiamente personificaba la imagen de ese personaje, que bajo el prosaico nombre de Juan Largo, nos ha descrito el Pensador mexicano.

Sus brazos eran largos con relación á su cuerpo y sus manos un poco largas con relación á sus brazos, sus piernas no estaban tampoco en razón muy directa de longitud con el resto de su individuo. Sus facciones bastante pronunciadas para marcarse perfectamente, á pesar de la escasa luz que ahora sobre ellas caía, no eran precisamente hermosas, puesto que los ojos eran algo grandes y un poco saltones, las orejas y la nariz grandes también, la barba un poco saliente, y la boca con los labios muy ligeramente vueltos hacia fuera, dejando entrever dos hileras de dientes blanquísimos y afilados.

Pero por una de esas rarezas tan comunes en la naturaleza, el conjunto de aquella fisonomía huesosa y un poco angular, colocada sobre un cuello prolongado como el de una cigüeña, era, si no hermosa, á lo menos simpática y agradable de contemplar, porque en ella se leían á primera vista, la franqueza, la sencilla jovialidad, la generosidad, el valor, todos los sentimientos nobles del alma, que por más que digam, en ninguna parte se re-

tratan más claramente al hombre observador, que en la fisonomía.

En efecto, aquellos ojos, vivos, móviles, que lanzaban miradas inmediatamente penetrantes, indicaban desde luego que acostumbraban verlo todo á primera vista; aquellos labios que se entreabrían con frecuencia para formar una sonrisa muy particular, indicaban cierta expresión de chiste cáustico y franqueza incisiva, cuando era necesario; aquellas orejas que tanto sobresalían del resto de la cara, parecían ir en efecto á la vanguardia para oírlo todo.

Vestía el joven un traje medio campesino, medio de hombre de la ciudad. Componíase de una especie de chupa ó chaqueta de tela grosera, una combata de color encarnado vivo, anudada sin orden á su cuello y cayendo sus puntas descuidadamente sobre su pecho, unos calzones anchos como ya entonces usaban los habitantes del campo, muy diferentes á los cortos y estrechos que vestían los de la ciudad, ceñidos con una banda de fino burato verde. Unos zapatos herrados y burdos de piel de gamuza de color amarillo y un sombrero de la tela llamada de "Vicuña," entonces muy en boga, cónico, color de camela, completaban este traje.

Ya hemos dicho que el joven seguía la dirección de la calle de árboles, con precaución y como temiendo ser observado.

A veces en efecto, caminaba acercándose á la casa que se distinguía al final de la alameda y después permanecía un instante atento, lanzando sus penetrantes miradas á través de los campos ya casi oscurecidos.

En aquel momento, la campana de la parroquia de San Roque sonó la oración.

El joven se descubrió respetuosamente dejando ver una cabeza rapada á la puritana, cabeza irregular, que tenía un poco del rombo, del cono y del triángulo, cabeza matemática, terminada por una frente ancha, despejada, convexa, verdaderamente hermosa, que debía encerrar pensamientos bullidores, de vida y de juventud. Sus labios perdieron su habitual expresión de malicia y murmuraron una plegaria. Después, cuando hubo acabado, volvió á cubrirse y continuó su precautoria excursión.

La música seguía sonando y se hacía cada vez más distinta.

Ya tocaba casi al fin de la alameda.

Derrepente se quedó parado y aplicó el oído en dirección al camino que atrás dejaba andado.

Le parecía haber escuchado un ruido.

El joven no se había engañado eran los pasos de una persona que se acercaba y que muy pronto se dejó ver.

Era un anciano que por su traje y sus

maneras revelaba á leguas al labrador acomodado y contento con su suerte.

El joven pensó primero en ocultarse, después en huir, pero ambas cosas eran sumamente imposibles, puesto que el que llegaba se encontraba ya á una distancia en que ninguna de estas dos maniobras hubiese escapado á su vista. Así es que, el joven se quedó parado y afectó mirar á la luna, que por uno de esos cambios tan comunes bajo el cielo de los trópicos, en que el crepúsculo dura un instante y en que la noche sucede casi sin interrupción al día, comenzaba ya á mostrarse en el firmamento, todavía medio confundida con las últimas inciertas tintas crepusculares.

El que se acercaba era como hemos dicho, un anciano de fisonomía alegre y jovial, un tipo de hacendado, de esos que en México, usando de una metáfora ingeniosísima, se llaman "ricos-pobres."

—Hola, ¿eres tú, Gil Gómez? por cierto que nadie te conociera en esa posición tan extraña que guardas, dijo al joven con expresión de jovialidad.

—¡Ah! ¿es usted, tío Lucas? preguntó éste, afectando sorprenderse y apartando sus ojos del cielo.

—Sí; pero ¿qué diablos haces por aquí, así mirando la luna? ¿vienes hacia la casa del buen doctor para consultarle? ¿ó

tás oyendo tocar á su bella hija la señorita Clemencia?

—Ninguna de las dos cosas, tío Lucas, sino que pasaba por aquí y me ha dado gana de ver entre los claros de los árboles ese cielo tan sereno y esa luna naciente que anuncia una noche tan bonita, respondió el joven con su sonrisa particular.

—Sí, en efecto, la estación se presenta bien este mes; pero ¿de cuándo acá, ¡piel de Barrabás! eres tú afecto á contemplar la belleza de las cosas naturales, tú que encuentras demasiado corto para tus travesuras el tiempo que te deja libre de los quehaceres de la sacristía el buen padre párroco?

—¡Qué quiere vd., tío Lucas! con la edad viene la reflexión. Así dice el señor cura que lo ha dicho un sabio cuyo nombre no recuerdo ahora; pero ello es que era un sabio, contestó el joven dando á su cara naturalmente viva y animada un aire de seriedad grave, que á cualquiera otro que al inocente tío Lucas habría parecido fingida.

—¡Vaya! ¿y está bueno el señor cura? preguntó el anciano con interés. Hace algunos días que no lo veo.

—Con razón, tío Lucas, con razón; sus reumas hace una semana que le impiden salir y lo tienen clavado en un sillón de donde no saldrá sino para el sepulcro; yo

lo velo y lo cuido como un buen hijo; pero ya vd. ve que la edad tan avanzada á que ha llegado... y el joven se interrumpió llevando á sus ojos el reverso de su mano y entre cortando su voz con un sollozo, que otro interlocutor que el tío Lucas hubiera calificado de demasiado doliente para ser verdadero.

—¡Hum! dijo: no hay que afligirse; dile de mi parte, que mañana pasaré al curato para visitarle, y tú sigue así, siendo tan buen muchacho y ganándote el aprecio de las gentes de respeto.

Hasta mañana, Gil Gómez.

—Hasta mañana, tío Lucas.

El anciano torció á la derecha siguiendo la dirección de un estrecho sendero que conducía á su posesión.

Gil Gómez permaneció un instante atento, hasta que el ruido de los pasos del anciano se fué desvaneciendo gradualmente y se perdió en el silencio de la noche. Su fisonomía volvió á tomar su habitual expresión de franqueza y travesura y murmuró entre dientes:

—¡Pobre tío Lucas, qué bien la ha tragado!; pero hubiera yo quedado fresco si me sorprende el secreto de mi expedición. ¡Jesús! ¡qué chismería me hubieran armado en el curato! ¡Puf! ni pensarlo quiero.

Y dichas estas palabras se preparó á continuar su interrumpida marcha,

La música seguía sonando siempre, y salía, ya no había que dudarlo, de la casa á que ya llegaba Gil Gómez.

Era una casa de un solo piso, cuyo ancho y sólido portón pintado de color verde y situado entre dos ventanas de madera del mismo color, se elevaba encima de una escalinata de cuatro gradas; las ventanas por el contrario estaban al nivel del suelo; de cada lado de ellas se había formado un bosquecillo de esos árboles pequeños, siempre verdes, que tanto abundan en los países cercanos á las costas de Veracruz, y que se continuaban de cada lado formando un semicírculo con la alameda que con tanta precaución hemos visto atravesar á Gil Gómez.

La luna, que alumbraba á sus ojos esta escena, se ocultó repentinamente, pareciendo favorecer los intentos del joven, que con un paso tan silencioso que ni el oído finísimo de un perro hubiera percibido, se deslizó hasta el bosquecillo de su derecha murmurando:

—Ahora sí, aquí estoy bien y puedo calcular el momento más favorable. Pero como no esté ahí ese maldito perro "Leal" que debe ser lo menos primo hermano de Satanás, según su astucia, porque entonces todo se lo llevó la trampa. . . .

Gil Gómez había escogido un buen punto de observación; protegido por los árboles había llegado hasta un lado de la

ventana y desde allí podía sin ser visto presenciar lo que pasaba en el interior de la habitación.

Ayamzó con su misma precaución la cabeza por entre los barrotes, y con una mirada rápida como el pensamiento, miró lo que vamos á decir.

La habitación era extensa; no había en ella más muebles que un par de canapés de sólida madera con asiento de lo mismo, ocupando los dos costados de ella, del mismo lado en que se hallaba Gil Gómez; una mesa grande de madera de cedro colocada precisamente enfrente de la ventana y por consiguiente en frente la ventana y por consiguiente enfrente ocupaba los lienzos restantes de la habitación. Pero en cambio ese estante estaba atestado de libros y encima de él, se veían pájaros disecados, instrumentos de química, retortas, frascos grandes con fetos ó pequeños con líquidos de diverso color, esferas geográficas y otros mil objetos; pero todo colocado con cierto orden, clasificado de cierta manera que revelaba desde luego el gabinete de un hombre estudioso, consagrado á la ciencia, y no la oficina de un charlatán.

Aquel era el estudio de un médico y por si Gil Gómez lo hubiese ignorado habrían bastado á desengañarle, dos esqueletos encerrados en sus nichos y colocados en los dos únicos ángulos de la habi-